el niño que acababa de dar á luz, decidió ir á Inglaterra, Embarcóse en Flessingues en un barco que había alquilado para ella, sus dos hijos, su hermano Justus Walters, Tomás Howard y la criadita á quien había maltratado con el punzón. Antes de embarcarse había vuelto á ver al rey en Bruselas y le había presentado el recién nacido (1). Pocos días después del desembarco, la policia de Cromwell detuvo é interrogó extensamente á la criada acerca de lo que podía saber de las relaciones del rey con su dueña (2).

Exceptuando lo que acabamos de indicar que muestra la debilidad y la bondad de Carlos II, sus amores con Lucy Walters no tuvieron otras consecuencias. Después de la restauración, ella vivía en Londres, llevando siempre la vida anormal de la mujer galante. Un día, sin embargo, quiso representar la comedia de un arrepentimiento. « Vanamente; dice lord Charendon, ha puesto en juego todas sus astucias y hecho todos los esfuerzos para persuadir al doctor Cousins de que estaba convertida y que renunciaba á su vida escandalosa, pues en la misma época tuvo una hija del conde de Arlington. Esta niña llegó á ser una mujer que la madre reconoció y que se parecía al conde muchísimo (3). »

La Restauración.



L 3 de Septiembre de 1658, Oliverio Cromwell desapareció de la escena del mundo. Su hijo, Ricardo Cromwell le sucedió en el poder, lo mismo que en otro tiempo un príncipe de Gales heredaba á su padre. Pero aún no se

había borrado de la memoria de los contemporáneos la impresión de los suntuosos funerales celebrados en Westminster con una pompa tal como no se había visto nunca, cuando Ricardo se sentía ya fatigado de las preocupaciones del gobierno.

Era un hombre de costumbres apacibles y muy familiares. No tenía la mano de hierro ni el prestigio de la victoria, de su padre (1). Amaba los libros, los cuadros y todo género de curiosidades, y ningún rasgo de su carácter le hacía parecerse á los Cabezas Redondas. Así, durante la revolución, mientras su padre dirigía las armas del Parlamento contra Carlos I, le habían visto hablar con Caballeros muy conocidos y beber con ellos á la salud del señor del país. Cuando fué sentenciado Carlos I á muerte, Ricardo se arrojó á los pies de su padre para pedirle la vida del rey (2). Durante el protectorado, sin embargo, supo sacar algún partido de la gloria paterna (3). Pero con los soldados, lo mismo que con los puritanos, cuya jerga religiosa le repugnaba, no gozaba de ningún crédito, ni por sus victorias ni por sus empresas. Entre-

⁽¹⁾ No se vuelto à hablar de este recién nacido. El niño que, hablando à su criada Hill, Mma Valters calificaba de « vuestro señor » debe ser el duque de Monmouth, que fué confiado después à lord Crofft y educado por él bajo la dirección de la reina-madre.

⁽²⁾ Jesse. Memorias, p. 367, t. III. Interrogatorio de Mma Hill.

⁽³⁾ Jesse. Memorias, III, 364.

⁽¹⁾ Macaulay. Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II, I, 154-156.

⁽²⁾ Jesse. Memorias, II, 346.

⁽³⁾ Jesse. Memorias, II, 344.

gado á las ambiciones y exigencias de los compañeros de Cromwell, todos impacientes de ser lo que había sido Oliverio, se vió muy pronto obligado á luchar todos los días contra conspiraciones militares que se sucedían sin interrupción. Aquellos mismos oficiales, que soñaban con apropiarse su poder, le impusieron la disolución del Parlamento y después fingieron declararse, por respeto á la legalidad, partidarios de este Parlamento Rabadilla (1). Entonces Ricardo se desalentó. Dejóse despojar del poder casi sin protesta y se retiró á las posesiones rurales que había adquirido ó que pertenecían á su mujer. Estalló la anarquía en Inglaterra y el Parlamento Eterno, que acababa de resucitar, se malquistó con el ejército, pues pretendía tratar casi como á esclavos, á aquellos á quienes debía un resto de vida (2). Entonces una revuelta militar arrancó de sus puestos á estos audaces parlamentarios y un consejo provisional, compuesto de oficiales, tomó la dirección del gobierno. Mas, aun así, cada uno de estos oficiales tenía sus odios y ambiciones. Inglaterra por una parte y Escocia por otra, tenían sus campeones y sin cesar estallaban querellas y disensiones que desgarraban el país. La ocasión pareció propicia á las realistas, pero estaban también desunidos. Un largo período de sumisión bajo la mano de hierro del Protector había debilitado su valor y su voluntad. Por otra parte, faltaba un jefe reconocido por todos. Una tentativa que se llevó á cabo un poco después de la abdicación de Ricardo Cromwell, fracasó miserablemente, traicionada y vendida al gobierno republicano por numerosos espías. Toda la obra de los agentes realistas tenía que comenzar de nuevo.

Afortunadamente para Carlos II, la caida de Ricardo Cromwell favoreció extraordinariamente sus proyectos. Al saber estas novedades marchó de Colonia para establecerse en Bruselas, desde donde podía dirigir más de cerca las intrigas de sus partidarios. Buscó su primera base de operaciones del lado de Escocia.

Dos veces se había operado una aproximación entre los Estuardos y los presbiterianos. La primera vez en vida de Carlos I, y, después, antes de la batalla de Worcester. De estas alianzas del pasado habían quedado algunos desencantos, pero á la sazón no había nadie, entre los más notables del presbiterianismo, que no estuviese dispuesto á olvidar sus rencores y á sacrificar sus ideales para combatir las realidades presentes. Muy pronto todo el partido debía manifestar que la restauración de los Estuardos se imponía. Los generales, en cuanto llegaban al poder, entregaban al pillaje á la nación para que se aprovechasen de ello las tropas pretorianas que cada dictador gratificaba con los bienes de todos (1). En Inglaterra también estaban cansados del poder ilimitado de los sables. Los compañeros de Cromwell: Lambert, Desborough y Harrisson, en cuanto estuvieron en el poder, se disputaron su posesión. Pero he aquí que otro general del ejército inglés, útil servidor de los dos Protectores, y adherido al Parlamento Eterno después de la expulsión de Ricardo, declaró en nombre del ejército Escocés, estar descontento de la obra de los generales de Inglaterra. Este general se llamaba Jorge Monk (2). Había nacido este el 6 de Diciembre de 1608, en Potheridge y era el último de los hijos de Tomás Monk. Había pertenecido al partido del rey hasta el sitio de Nantwich en el que Fairfax le hizo prisoniero (25 de Enero de 1644). Enviado á la torre de Londres, había recibido durante su encarcelamiento un regalo de 100 libras que le envió el rey Carlos I (3), pero en Noviembre de 1646,

⁽¹⁾ Llamabase Parlamento eterno ó Parlamento rabadilla (de rumps, parte posterior), al Parlamento que se eternizaba en el poder, como la Convención en Francia.

⁽²⁾ Conde Baillon. Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans, p. 30.

⁽¹⁾ Macaulay. Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II, t. 1, p. 158.

⁽²⁾ Acerca de Monk, el libro de Guizot es la mejor autoridad que puede consultarse.

⁽³⁾ Jesse, Memorias, p. 41-44.

deseoso Cromwell de tenerle como partidario, le dejó libre, y después de la prisión del rey, Monk entró en el ejército de Irlanda. ¿Habían cambiado sus opiniones? « Quiero, decía á un su amigo, servir á Su Majestad lo mejor que pueda contra los rebeldes de Irlanda, y espero que algún día le serviré en Inglaterra (1). »

La muerte de Carlos I le había hecho encerrarse, más que nunca, en su papel de general al servicio del Parlamento. En 1658, mandaba las tropas estacionadas en Escocia y, según decían, estaba en relaciones con los agentes realistas. « Me dicen, le escribía Cromwell, que hay en Escocia un astuto compadre llamado Jorge Monk, que no espera más que una oportunidad para introducir allí á Carlos Estuardo. Haced, os lo ruego, las diligencias que podáis para cogerlo y enviarmelo. »

Así, y como en broma, Cromwell recordaba á su general que no le perdía de vista (2). Monk respondió enviando al Protector una carta en la que le incitaban á que se sublevara, carta que tenía sus razones para creer era conocida ya por los agentes puritanos (3). A la muerte de Oliverio Cromwell, Monk había hecho correctamente proclamar á Ricardo en Edimburgo mientras que sus soldados y sargentos gruñían: « ¿Por qué no se proclama al viejo Monk? ¡Cuánto mejor sería que ese pequeño Dick! » Entre

todos los generales. Monk era el único que no había pedido nada al nuevo Protector y algunos meses antes de su caída, algunos amigos de Ricardo Cromwell le ofrecieron 2000 libras esterlinas si quería apoyarle decididamente, pero Monk, presumió el poco tiempo que le

quedaba que estar en el poder y respondió: « Ese dinero le será más útil que mi adhesión.» Tenía cuidado de no dejar escapar su pensamiento, pero siempre habia escuchado las proposiciones, las ofertas y las promesas que le hacían. Cada partido tenía sus representantes en su cuartel general. Price, capellán del general, realista y angli-



Jorge Monk, duque de Albemarle. Retrato por Michel Wright. (Biblioteca Nacional de París.)

cano en el fondo de su corazón, era, cerca de él, el abogado de los Caballeros escoceses. Todas las días le incitaba á que acudiese en socorro de la buena causa, pero jamás pronunció una palabra que pudiera comprometerle y perjudicar el porvenir de su obra. Otro de los capellanes del general, Gumble, le servía de intermediario con los Presbiterianos. Tenía también á su lado á su cuñado Clargis ministro prebisteriano que soñaba con la restauración.

Cuando estuvo encerrado en la torre de Londres fué cuando conoció á Ana Clarges, hija de una barbera de muy mala reputación y casada con un tal Rodford del que había

⁽¹⁾ Irlanda, país conquistado y gobernado como tal, había sido tratada en el reinado de Carlos I como los ingleses acostumbraban cuando los vencidos pertenecían á otra religión. Toda sublevación en Irlanda tomaba, pues, el carácter de revuelta separatista.

⁽²⁾ Guizot. Monk, 58.

⁽³⁾ Carlos II le había escrito de Colonia, el 12 de Agosto de 1656 :
« Alguien que cree conocer muy bien vuestro carácter é inclinaciones
me asegura que á pesar de tanta desgracia y contrariedades, conserváis por mí vuestro antiguo cariño y que estáis decidido á probarlo cuando la ocasión sea favorable. No os pido más. Esperemos
pacientemente esta ocasión que se ofrecerá más pronto de lo que
podéis imaginaros. Estad preparado, y entre tanto poned cuidado en
no caer en manos de los que saben cuanto mal podéis hacerles cuando
llegue el momento, pues confio en vuestro afecto. » Al enviar la
copia de esta carta á Cromwell, Monk le decía: Todavía no sé á
quien está dirigida pero lo sabré cuando la envien. »

tenido una hija. Ana Clarges vivía en las « Tres hechiceras de España » en la Nueva Bolsa en donde vendía jabón, polvos, guantes y dirigía un taller de planchado. Debido á sus frecuentes visitas á Monk, pues era la que le llevaba la ropa, no tardó en ser su querida (1) y en adquirir sobre él, desde entonces, un imperio absoluto. Dotada de una volubilidad de palabra y de una impetuosidad de voluntad que lograron imponerse á la fría circunspección del general, había conseguido, algunos años antes, que se casara con ella, después de haberse divorciado de Rodford (2). Entonces el marimacho se refugió en la devoción. « Poco cuidadosa de su cuerpo, advierte Clarendón, había entregado su alma en manos de algunos Presbiterianos. » Por su conducto fué por donde, los que se ocupaban de la Restauración, trabajaron á Monk y lo condujeron, no sin alguna resistencia, á hacerse instrumento de sus deseos. « Ella fué una de las causas bastante innobles, escribe Clarendón, que empujaron á Monk en un trance apurado, á desplegar cualidades superiores ». Rehusó, no obstante, ponerse contra el Parlamento y apoyar la insurrección realista de sir Jorge Booth. « Enviaré tropas contra ellos, dijo; dada mi situación no puedo hacer menos ». Sin embargo, y á pesar de esta humorada, continuó entreteniendo á los negociadores que le enviaban los Caballeros y los presbiterianos (3). Cuando fué derrotado Booth por Lambert dijo claramente que el Parlamento debía promulgar una ley ordenando la detención inmediata de todo el que hablara de restablecer á Carlos Estuardo (4), y enseguida, para escapar á las

(4) Guizot. Monk, 74.

intrigas de que se creía rodeado, escribió al Parlamento enviándole su dimisión, porque, decía, « me voy sintiendo viejo ». Su hermano Nicolas Monk y su cuñado Clarges, ambos comprometidos con los realistas, se dieron tan buena maña que impidieron que se leyera su carta en el Parlamento y consiguieron obtener la autorización de retirarla (1).

Un mes después, al recibir la noticia de que Lambert había cerrado el Parlamento, Monk encarceló á los oficiales que pensó eran sospechosos. « El ejército de Inglaterra, decía, ha destruido el Parlamento. Incapaz de reposo, quiere monopolizarlo todo y no permite que la nación llegue al estado de consolidación que le es necesario. En su insolente extravagancia querrá hasta dominar al ejército de Escocia que no es ni su subordinado ni su inferior. En cuanto á mí, creo estar obligado á obedecer al poder civil. Así, pues, cuento con vuestro apoyo. » El ejército le aclamó y Monk envió á sus oficiales á que se apoderasen de los puntos estratégicos y prendieran á los que obrasen por cuenta de Lambert. Enseguida organizó su ejército como lo hubiese hecho un verdadero gobierno, reuniendo en gran consejo á todos sus oficiales, hasta á los subalternos, y supo imponer á todos sus opiniones, bajo la apariencia de consultarles. Una declaración del gran consejo de oficiales, que decía, en resumen, que habían tomado las armas con objeto de defender la libertad y los privilegios del Parlamento y para sostener los derechos del pueblo, causó, á su llegada á Londres, en el público un vivo sentimiento de alegría y entre los oficiales que estaban en el poder, una gran sorpresa. El ejército de Irlanda y la armada le negaron su socorro pero en cambio recibieron con los brazos abiertos al coronel Talbot y al Dr Clarges, á quien Lambert acababa de confiar el cuidado de seguir las negociaciones con su rival. El 15 de Noviembre se firmó un acuerdo en el que Monk renunciaba, á regaña-

⁽¹⁾ Jesse. Mémorias, III, 45.
(2) Una carta de Londres. 9 de Septiembre de 1653, daba la noticia de esta manera : « Nuestro almirante Monk acaba de tomar por esposa à una mujer pública muy fea, y de legitimar à tres ó cuatro bastardos, al paso que él crecía en la gracia y en santidad ». Citada por Guizot, Monk, p. 43.

⁽³⁾ La vispera de la insurrección de sir Jorge Booth, Monk había respondido lo mismo á sir Stephen Fox, enviado de Carlos II, pero le había dejado que se marchase libremente.

⁽¹⁾ La carta de Monk está fechada el 3 de Septiembre de 1659.

dientes á su programa de Octubre, pero lo que deseaba ardientemente era que su ejército le obligase á tomar la ofensiva. El capellan Gumble le proporcionó la ocasión. « ¿Qué piensa usted de este arreglo? » le preguntó el general, cuando entró en la sala de recepción, llena de oficiales. - He oido hablar tanto de ello que deseo dirigiros un ruego. — ¿ Cuál? — En el puerto de Leith hay un barco dispuesto á desplegar velas. Vengo á pediros un pasaporte para Holanda. - ¡Cómo! ¡queréis dejarnos! - No sé como Vuestra alteza saldrá del atolladero, pero sé que no descansarán hasta que os quiten el mando. Entonces veréis qué es lo que tenéis que hacer. En cuanto á mí, pobre diablo, como no estaría muy seguro entre sus manos no quiero caer en ellas. — ¿Y tengo la culpa de todo eso? exclamó el general ; Qué el ejército me defienda y yo le defenderé! ». A estas palabras todos los oficiales se pusieron de pie sacaron los sables y aclamaron á Monk. El acuerdo del 15 de Noviembre no podía subsistir, y el ejército de Escocia, compuesto de 7000 veteranos, encaminó sus pasos hacia Londres.

Al recibir esta noticia los habitantes de la ciudad, se reunieron por millares y pidieron á grito pelado un Parlamento libre. Los pueblos se sublevaban y se negaban á pagar los impuestos; la marina, que pocas semanas antes, había prestado su concurso, remontó el Támesis y se declaró contraria al gobierno de los soldados (1). Lambert, que comprendió al fin que había sido burlado, se dirigió en persona contra el ejército de Escocia, pero fué abandonado por sus tropas y hecho prisionero. El Parlamento Rabadilla volvió á entrar en posesión de Westminster. Creyendo contentar al ejército escocés le otorgó cadenas y medallas de oro, esperando, como en otro tiempo, tomar la dirección de los asuntos, pero no contaba con Lóndres ni con todo el país, pues era universalmente

despreciado y aborrecido. Por todos los lugares por donde pasaba Monk, las gentes se agrupaban á su alrededor para suplicarle que devolviese la tranquilidad y la libertad á la nación. Monk, taciturno y frío, era impenetrable. No obstante, cuando el 3 de Febrero de 1660, hizo su entrada en Londres, los días del *Parlamento Rabadilla* estaban

contados. Al otro día, el general vino á Westminster para recibir las gracias del Parlamento. Le habían preparado una butaca en la barra, pero él rehusó humildemente el sentarse delante de tanto personajeilustre; habló, pues, de pie v dió al Parlamento en el tono más humilde, una serie de consejos que, dada su posición, eran ordenes. Hizo ver á las parlamentarios la urgencia de alejar



Ana Clarges, duquesa de Albemarle.

Retrato anónimo, 1670.
(Biblioteca Nacional. París.)

de los empleos á un mismo tiempo á los Caballeros y á los Fanáticos, pues de esta manera denominaba á los sectarios, dueños de la ciudad. Contó cómo, durante el camino, se había visto asaltado por una nube de peticionarios que le habían indicado el deseo que tenían de ver terminada la legislatura y él les había respondido que su deber era proteger al Parlamento contra toda violencia, pero que al

⁽¹⁾ Macaulay. Historia de Inglaterra desde el reinado de Jacobo II, t. I, p. 161.

mismo tiempo les había asegurado que pondría un limite

á su poder (1).

El Parlamento Rabadilla comprendió mal la lección. La actitud humilde de Monk le hizo equivocarse acerca de sus verdaderas intenciones. Por otra parte, el silencio que guardaba el general preocupaba á los londinenses. La vispera de su llegada, la caballería é infanteria se habían batido en el Strand. ¿Iban á comenzar de nuevo las algaradas? La ciudad no vió su salvación sino en unas elecciones que renovaran un poder desacreditado. Se organizaron manisestaciones para reclamar nuevas elecciones y la disolución de la Asamblea. Entonces, engañados por el aspecto de Monk, le ordenaron que aterrorizara á la ciudad. El general, comprendiendo todas las ventajas que podía sacar de esta consigna, la aplicó en toda su severidad brutal. Sus columnas ocuparon la ciudad como si hubiese sido tomada por asalto, pero enseguida publicó su carta del 11 de Febrero, y repitiendo lo que dijera en su discurso del 5, indicó á la Cámara que votase llamando á su seno á los diputados excluidos. En fin, declaró que se instalaba en el centro de la ciudad y que dejaba soldados para que velasen por la seguridad de la Cámara y del Consejo. Al mismo tiempo, los que habían recibido sus confidencias propalaron por todos lados el rumor de que al obligarle á marchar en armas contra la ciudad, privandola de sus fueros, se tenía el propósito de que él y sus soldados se hicieran odiosos á la población (2).

En cuanto estas declaraciones fueron conocidas, toda Inglaterra se volvió loca de alegría. El diario del buen burgués Pepys es el eco de estas emociones. « He visto, cuenta después de haber analizado los acontecimientos de la jornada, á muchas gentes que daban de beber á los soldados, les ofrecían dinero y gritaban por las calles:

(1) Guizot Monk, p. 117.

«¡Qué Dios los bendiga! » y les hablaban muy cariñosamente... En Cheapside habían sido encendidas muchas fogatas y todas las campanas de las iglesias fueron echadas á vuelo. Conté 14 fogatas entre San Dunstan y Temple Bar, 31 en el puente del Strand, y 7 ú 8 en King's Street. La multitud se reunía alrededor de estos fuegos en donde asaba la carne robada á los carniceros, sin olvidarse de remojarla con abundantes libaciones. Los carniceros de May-pole, en el Strand imitaban el sonido de las campanas mientras partían la carne. En Ludgate Hill un carnicero hacía dar vueltas á un asador que tenía un buen trozo de carne que un camarada cubría de grasa. No es posible imaginar el efecto y la prontitud del acontecimiento. Al otro extremo de la calle, parecía que todo estaba ardiendo, y el calor era tan intenso que tuvimos que dar un rodeo para poder continuar nuestro camino (1). »

Monk se presentó en Guidhall para acentuar la actitud que acababa de tomar. « La última vez, que vine aquí dijo, fué para al asunto más desagradable de mi vida. Nada más contrario á mis propósitos y al afecto que tengo por la ciudad, pero como lo que está hecho no tiene remedio, no puedo hacer más que lamentar la afrenta que habéis sufrido contra mi voluntad. Conforme á vuestros deseos he escrito esta mañana al Parlamento para que antes de siete días tenga publicados los decretos que señalarán quienes deben ocupar los puestos vacantes (2) y que fijen, la fecha del 6 de Mayo para la disolución, con objeto de que podamos tener un parlamento libre y completo (3). » A estas palabras, la sala se estremeció con el ruido de las aclamaciones y el resplandor de las fogatas iluminó el cielo hasta más de cinco millas alrededor de

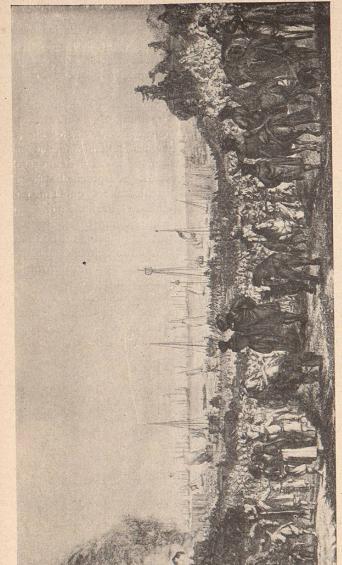
⁽²⁾ Pepys. Diario, 11 de Febrero de 1659. Haremos observar que las fechas de Pepys son las del antiguo calendario. Se trata, pues, del 21 de Febrero de 1660.

⁽¹⁾ Los datos del *Diario de Pepys* están tomados de la traducción inèdita y desgraciamente incompleta, de M^{ma} de Genevay.

⁽²⁾ Cuando el ejército había confiado el gobierno al *Parlamento Rabadilla*, no había en Londres más que 42 miembros (7 de Mayo de 1659).

⁽³⁾ Guizot. Monk, 129.

Londres. Obligado el Parlamento Rabadilla á llamar á los miembros excluidos, se consoló pensando en las declaraciones de Monk que afirmaba se opondría con todas sus fuerzas al gobierno de Carlos Estuardo y á que monopolizase el poder una sola persona. « ¿En qué puede inquietaros el que yo haya hecho venir á los diputados excluidos? decía con aspecto de candidez: Si otros han hecho caer la cabeza del rey, no son ellos los que lo han lleva do á esa extremidad? (1) » A pesar del cuidado que ponía en tranquilizarlos, los parlamentarios conservaban alguna inquietud. « ¿ Qué pensais hacer? le preguntó á Monk uno de sus intimos. - Una república, ha sido siempre mi deseo y lo sigue siendo. - No lo dudo, respondió el amigo, pero no puedo impedir que me venga á la memoria el cuento del sastre de pueblo á quien al encontrarselo un día cargado con aperos de labranza, le preguntaron qué iba á hacer. « Tomar medida, contestó, de un traje. - ¡Cómo! ¿con un pico y una pala? - Sí, es como se acostumbra ahora (2). » Por su parte, Pepys, que veía que los soldados escoltaban á los miembros excluidos de Westminstery oía a Monk que arengaba en Whitehall y hablaba contra Carlos Estuardo al mismo tiempo que en favor de la República, encontró la energía necesaria, lo mismo que sus amigos, para manifestar sus sentimientos realistas. El 21 de Febrero por la noche, después de cenar, fué al café con ellos. Allí, en una habitación reservada que daba al río, « nos entretuvimos en hacer música, y oimos cantar canciones españolas é italianas y una composición reciente, para ocho voces de M. Locke, inspirada en estas palabras: Domine salvum fac regem (3). Desde las ventanas contemplábamos á la ciudad potentemente iluminada de un extremo á otro, tan numerosas eran las fogatas; y oíamos el ruido de campanas que venía de todos lados. Algunos



Carlos II se embarca para Inglaterra en Schevelingen. Por Schut, grabado hollandés. (Bibl. Nac. París.)

⁽¹⁾ Guizot. Monk, 138.

⁽²⁾ Guizot. Monk, 149.

⁽³⁾ Señor, salva al rey.